

la que habló Olson: en los Estados Unidos "hay una situación en la que casi todo es susceptible de convertirse en un poema, en la que la *valentía* poética puede aplicarse casi a cualquier asunto, personal o colectivo...". En contraste con México, podría preguntarse cuántos poemas mexicanos importantes se han escrito acerca de aquel territorio.

Por supuesto que no todos los poemas que han escrito en lengua inglesa acerca de México figuran aquí: la exclusión de Marvin Bell o Jack Kerouac, por citar sólo a dos, se justifica por su muy escaso interés. Sin embargo, toda antología de este tipo se arriesga a que el tema prive sobre las habilidades o inteligencias poéticas; lo obvio es que los poemas seleccionados no son menos olvidables nada más por ocuparse de estas tierras. Y así, descubriremos poemas turísticos y poemas viajeros. Los primeros, meramente descriptivos y ocupados en el dato canónico ("sosteniendo corazones sobre los altares de las pirámides") o en el tópico folclórico, como en Bynner, por ejemplo. El otro extremo es un curioso poema de Creeley, que independientemente de su valor, es una descripción tan generalizante ("Mazatlán: Mar") que sólo el título alude a México: este océano podría estar en cualquier playa entre el trópico de Cáncer y el de Capricornio.

No obstante, hay poemas viajeros, poemas que por sí solos son la arboladura de esta antología: los poemas que no buscan el retrato condensado, labor inútil, porque en el fondo *En algún otro lado* no es, ni quiere ser, un mapa, ni un retrato de familia, sólo la reunión de fragmentos de un mosaico imposible. Algunos de ellos son también centrales en la poesía inglesa de este siglo: "La música del desierto" de Williams, "La torre rota" de Crane o "Los martin-pesadores" de Olson. Pero también otros más breves como el desconcertante y musical poema de Paul Blackburn, o esa delicada construcción con un poder sugestivo extraordinario de Kenneth Rexroth, "Oaxaca, 1925":

"Mi nombre es Nada", dijiste
 "No quiero nada de ti
 No tomaré nada de ti
 No voy a darte nada"
 Te llevé a casa por calles
 Salpicadas de luna, de gatos, de basura
 hasta tu cuarto revuelto y desolado...

Poemas que no buscan tanto encontrar en México el cumplimiento de su deseo sino más bien exasperarlo, padecer la ironía de un sitio ambivalente que invita a habitar un tiempo distinto pero que se escapa siempre. Y quizá lo que la imaginación buscaba —y anhela ahora con menos fervor— lo encontró Breton en los exvotos que deslizo bajo su chaqueta en una iglesia en Cholula acompañado de Trotski en 1938: un México vivo que aún enervara los sentidos y la fantasía, un corazón de plata que aún latiera. □

El centauro en el paisaje

de Sergio González Rodríguez

por Christopher Domínguez

• Anagrama, Barcelona, 1992, 205 pp.

Entre los escritores que trabajaron con Carlos Monsiváis en la última etapa de *La cultura en México*, Sergio González Rodríguez es uno de los más perspicaces y profundos. En aquel grupo era difícil distinguir la prosa de un autor de la de otro, interesados como estaban en la crónica como carta común de identidad, la historia literaria como producción académica de bajo perfil y la divulgación de nuevos mitos para rejuvenecer al nacionalismo cultural. Hace años a Sergio González Rodríguez le molestó que este reseñista intentara exponer al público la filiación intelectual de su grupo. La publicación de *El Centauro en el paisaje* es una oportunidad para insistir. Nos parece que su libro de ensayos impone una saludable distancia crítica frente a la gaseosa noción de *cultura nacional* que González Rodríguez compartió con sus amigos.

El Centauro en el paisaje es una baraja de lecturas que el autor abre sobre la mesa. Las lecturas de González Rodríguez (1950) tienen mucho de generacio-

nales y es agradable jugar con un escritor cuyas cartas marcadas nos son familiares. El descarte de González Rodríguez da comienzo con la dama estelar (Walter Benjamin) y va dejando ver las figuras bifrontes de Roland Barthes y sus mitologías, de Breton, Paz y Cioran, de culturalistas como Paul Ricoeur y Fredric Jameson, hasta cerrar con los ases de la postmodernidad como Jean Baudrillard y Paul Virilio.

Sergio González Rodríguez asume sin pretensión de exclusividad la lengua franca de un tipo de ensayo contemporáneo a la moda, género centauro en efecto, que se debe lo mismo a Benjamin que a Borges, y que tiene en los italianos Roberto Calasso y Claudio Magris a dos de sus exponentes más brillantes. Ensayo narrativo o ensayo-ficción, el género de marras se basa en la preeminencia formal del fragmento, la tentación morbosa del aforismo, y en la noción de que la cultura —clásica o moderna, popular o elitista— es un laberinto sin centro y que cualquier hilo es bueno para perderse en la aventura. No cualquiera se sale con la suya en un género que en apariencia brinda tantas facilidades y donde la frontera entre el sabio ecléctico y el diletante bien informado es harto imprecisa.

Los riesgos que corre González Rodríguez van más allá de una forma electiva que sin cierto genio se torna opaca o pretenciosa. *El Centauro en el paisaje* está estructurado a partir de dualidades prestigiosas y manidas (la ciudad y la escritura, lo sagrado y la técnica, la memoria y el deseo, la norma y lo monstruoso), mismas que resultan fichas de lectura tan atinadas como superfluas. González Rodríguez aparece como un alumno aplicado que glosa y reseña las obsesiones de Benjamin, Steiner, Paz, Bataille o Jünger. Juegan a su favor la claridad del estilo, la desconfianza ante el exceso retórico y una honradez de buen lector que no es común entre nuestros ensayistas. Pero estas virtudes normativas agregan poco a la experiencia de un lector familiarizado con las fuentes de González Rodríguez. Uno se pregunta cuál es el provecho que podemos obtener de la humildad de un traductor más de la *doxa* intelectual de nuestros días.

Quizá las mejores páginas de *El Centauro en el paisaje* son las que González Rodríguez consagra a las imágenes mexicanas. Es aquí donde encontramos

la inflexión que separa al autor de sus contortulios habituales. González Rodríguez logra insertar con mucha precisión detalles y pasajes de la cultura mexicana sin utilizarlos como la palanca de Arquímedes que pone en funcionamiento los aparatosos trabajos de la *cultura nacional*. Es un alivio leer un libro editado en España (finalista del Premio Anagrama de Ensayo) que habla de Rafael López, Eduardo Lizalde o Alfonso Reyes sin insistir en el gentilicio y en el que se habla de una ciudad que no puede ser otra que el DF, y sin embargo, no se la menciona como tal.

Al rechazar implícitamente a la *cultura nacional* como pasión ontológica y utilizar fragmentos mexicanos como parte del mosaico de la civilización, *El Centauro en el paisaje* gana su coherencia. No es una novedad insistir en la naturaleza universal de la cultura de México. Sí lo es "minimizarla" con la naturalidad con la que procede González Rodríguez, localizándola como un detalle en el paisaje. El ensayista descarta a la tradición nacionalista como eje y fragmenta episodios en un esfuerzo feliz por desarrollarlos en el contexto de la llamada postmodernidad.

Algunos temas de *Los bajos fondos* (1988), libro malogrado por la pereza, reaparecen en *El Centauro en el paisaje*, como el espiritismo finisecular o las mutaciones equívocas del burdel. Otras páginas muestran instantáneas sobre Gabriel Ferry, Breton y México, Luis G. Urbina y el cine, Juan García Ponce y el gnosticismo, o las andanzas del inventor Juan Nepomuceno Adorno, todas ellas escritas con pertinencia intelectual y en una prosa sobria y elegante.



Loxia curvirostra (detalle).

El Centauro en el paisaje de Sergio González Rodríguez es un libro que pide la generosidad del lector y la devuelva con equidad, una síntesis clara de ciertas mitologías contemporáneas y un collage donde México se escabulle libre de la ontología nacionalista, como un signo más en el mapa de la imaginación crítica. Entre los libros mexicanos de 1992, es uno de los más pulcros y estimulantes. □

Historias conversadas

de Héctor Aguilar Camín

por Fernando García Ramírez

• México, Cal y Arena, 1992, 211 pp.

Estimula y confunde a este lector el ejercicio narrativo de Héctor Aguilar Camín. Ejercicio múltiple en prosa: tránsito sin pausa del periodismo al ensayo histórico (creativo y oficial) y de la novela al cuento. Asimismo, ejercicio múltiple el de su personaje público: émulo de Tlaquehual y editor orgánico, polemista e ideólogo. Estimula su narrativa por la agilidad con la que engarza sus anécdotas, por su apasionada habilidad para fundir un continuo juego de ideas en sus diversas tramas. Y confunde por razones complementarias, por el no siempre bien librado obstáculo que separa realidad y ficción, recuerdo e imaginación, y por la metódica paciencia con la que ha ido desvelando un universo escatológico, con breves intermitencias de humor, afecto y ternura, pero principalmente sombrío, violento, represivo, criminal, vengativo, político. Su obra es, así, múltiple por sus registros y una por su obsesión por ese enigmático centro negro que pareciera guiar, a los ojos del autor, el destino mexicano; sin por ello dejar de ser una obra autobiográfica, impudicamente generacional. En otras ocasiones me he referido a la parte de su obra

que me confunde, quiero ahora referirme a la parte que me estimula, por la que compro y leo sus libros.

Historias conversadas es el tercer libro de cuentos de Héctor Aguilar Camín y el que mejor lo representa ya que en él aparecen con precisión los temas, personajes y enfoques que distinguen a su obra.

Una genealogía atormentada del sureste mexicano que sorpresivamente desemboca en una mujer que el narrador amó y aún recuerda; un hijo que rescata una imagen para él desconocida de su padre en medio de la historia del nacimiento del narcotráfico en Sinaloa referida por un mafioso, antiguo amigo y cómplice de su padre; el relato de un jesuita brillante y mundano que pierde el rumbo y termina de misionero ebrio en Bangkok, por el amor de una mujer; los entretelones amorosos de la feroz guerra cristera en los Altos de Jalisco; la historia de un hombre que encontró la muerte por decir en alta voz sus diferencias con un gobernador; traiciones e infamias, crímenes y nostalgias, el mito de la revolución y la necesidad de la revuelta; voces entrecruzadas de una madre y una tía, una hija y un hermano, un amigo y un antiguo camarada. Son algunos de los personajes y temas mediante los cuales Héctor Aguilar Camín desarrolla narrativamente la idea de que toda historia contiene en su intrahistoria ocultos resortes y poderosas motivaciones pasionales.

Recientemente la editorial Cal y Arena puso a circular una antología de reportajes de nota roja titulado *Fuera de la ley*. El origen de ese libro está en la mirada intrahistórica de Héctor Aguilar Camín, director de esa editorial y autor de *Historias conversadas*. Porque de asuntos que parecen extraídos de la nota roja conversa el autor de estas historias: que si tal hombre macheteó a aquel otro por un equívoco, que si tal muerte, que si tal adulterio.

El autor parece haberse propuesto la indagación narrativa de aquellos hombres que, por la intensidad de sus apuestas, acertadas o erradas, tienen que hacer frente no solamente a la vida sino a la historia, que no es otra cosa que la conciencia de la vida en sociedad. Ejemplo exacto de esto es "El camarada Vadillo", quizá la mejor pieza del libro. Aquí, el personaje que encarna a José Revueltas replantea la apuesta de Pascal y de paso